

viene detrás fuese a enturbiar la suya propia (por otra parte inexistente). Esta lucha por la supervivencia literaria la practicaba Luis Palmero bajo el disfraz de una cierta benevolencia, con argucias propias de un mecenas que impulsa la carrera del neófito. Un mecenas insolvente, profesional del gorroneo.

—A ver, chaval, déjame que les eche un vistazo a tus últimos versos, no sea que haya que corregir algo —decía, alargando una mano que adoptaba la forma de un cuenco, de tan habituada a solicitar limosna—.

Yo le tendía unas cuartillas emborronadas de tinta y versos blancos, lastradas de símiles y sinalefas, que eran el fruto huérfano de mi juventud. Luis Palmero recitaba mis poemas con su voz cavernosa y celentérea, ensordecida de pólipos y cazalla, voz de rapsoda que recitaba mis versos con un sonsonete festivo, para estimular la hilaridad de la parroquia. Luis Palmero vestía con un desaliño premeditado, con pantalones tejanos y camisas desabotonadas que parecían exhibir, por debajo del vello y de la carne, los pulmones enquistados, la laringe martirizada de pólipos que iban extendiendo su ramaje tentacular. Luis Palmero se abrigaba el cuello con sucesivos fulares, uno encima de otro, andrajos que le colgaban hasta la cintura, sucios de sudor e ideales traicionados.

—Si quieres llegar a donde ése —dictaminó, refiriéndose al retrato de Octavio Domínguez—, tendrás que mejorar. Y podar muchos versos. Ya sabes lo que dijo Gracián: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno».

En el Café Arezzo se había hecho, de repente, un silencio reverencial para acoger el veredicto de Luis Palmero, silencio que no tardó en distribuirse en suspiros y otros síntomas de alivio. Luis Palmero tranquilizaba la conciencia de los parroquianos con frases de almanaque (toda su cultura, en realidad, procedía de los almanaques: probablemente no hubiese sabido decirme a ciencia cierta si Gracián se llamaba Melchor, Gaspar o Baltasar), aforismos formulados entre la misericordia y el desdén que pretendían asesinar, ya desde sus orígenes, mi vocación incipiente y afiliarme al sindicato de los escritores malogrados.

—Tú copia de mí, chaval —me adoctrinaba—. Fíjate en mis poemas: cuatro o cinco versos a lo sumo. El rigor exige síntesis.

Luis Palmero era el reflejo anticipado de mí mismo que me alertaba de los peligros que correría si elegía el sendero de los poetas parásitos. Guiado por una extraña forma de clarividencia, veía en Luis Palmero un adelanto de mí mismo, algo así como la imagen previa que el espejo de la vida nos ofrece, alertándonos sobre el porvenir. Luis Palmero era la frustración de mí mismo, esa primera oportunidad que la Providencia concede a los hombres como modelo que deben rechazar (la segunda oportunidad es uno mismo) o elaborar a la inversa. Yo, por supuesto, creía en el

libre albedrío y en la posibilidad de rectificar, pero tenía que darme prisa si no quería llegar demasiado tarde.

—Así que ya sabes, chaval: síntesis. Hay que limitarse a lo esencial.

Lo afirmaba él, que había vivido encaramado en el reino de lo superfluo. A medida que avanzaba la noche, el Café Arezzo se iba llenando de miseria y turbiedad; el retrato de Octavio Domínguez se desdibujaba sobre la pared, como una referencia inalcanzable. A petición del público, Luis Palmero se había encaramado a un taburete y había empezado a rasguear una guitarra. A mi memoria acudió aquel verso de Ariosto: *Forse altro canterà con miglior plettro*. Luis Palmero acariciaba las cuerdas de la guitarra con el plectro múltiple de sus dedos, encallecidos de mugre y olvido. Las poetisas núbiles adquirieron un protagonismo vociferante, como de sirenas que desafinan con su cántico.

—Tócanos algo, Luis. Que no se diga —reclamaban con una premura de doncellas pobres y algo machorras.

Luis Palmero accedió gustoso. Vivía su anonimato de cantautor de barrio con la misma intensidad que otros viven el fervor de las multitudes. Entre las poetistas había florecido una vaga efervescencia de aplausos. Luis Palmero carraspeó (los pólipos se le alborotaron con el carraspeo) y dedicó su canción a todos aquellos que creen que la cultura es propiedad del pueblo y de la calle. Yo, que nunca había comulgado con esas monsergas, me sentí excluido.

—Va por vosotros —reiteró, antes de iniciar la canción.

Los espectros del Café Arezzo cobraban vida, resucitados por los compases de la música. Las canciones de Luis Palmero hablaban de paraísos populares, aspiraciones libertarias y utopías un poquitín paletas, todo ello aderezado con unas metáforas galantes que me hacían sonrojar. Era una música para consumo endogámico, envilecida de desarraigo, quejumbrosa y pretendidamente rebelde. El Café Arezzo zozobraba en el subsuelo de la noche, como un barco que encalla y arroja su tesoro de moneda falsa en mitad de los escollos. El retrato de Octavio Domínguez se difuminaba entre volutas de humo que eran como párpados que lo aislasen de tanta mediocridad. Luis Palmero entablaba diálogo con sus incondicionales entre canción y canción, con esa pesadumbre del supuesto perdedor que no es sino regodeo ante la desgracia compartida. Concluyó su recital entre aplausos desmayados, concediendo besos que nadie le había solicitado, en una imagen patética y demasiado triste. La voz de Luis Palmero sonaba en la noche como un quejido incoherente, como el lamento de un niño acatarrado a quien el médico receta un jarabe. Los pólipos de la garganta se le iban derramando por todo el cuerpo, hasta enquistarle el alma, en una especie de suicidio simbólico. Más que cantar, parecía estar

gargajeando. Un par de poetisas núbiles acudieron a felicitar al rapsoda y a refrescarle la garganta con un vaso de vino; eran muchachas ajadas y percheronas, como modelos salidos de un cuadro de Rubens, pero desprovistas de su gracia pictórica, que se afanaban por agasajar a Luis Palmero, igual que dos novias fervorosas se dejan tocar por debajo de la ropa. Las poetisas del Café Arezzo eran, por lo general, vírgenes en fiambre, desparrramadas entre la amplitud de sus caderas y los jerseys de lana, y Luis Palmero era el semental que las fecundaba al calor de la tertulia, con esa libidinosidad agresiva del hombre enfermo y en decadencia, contagiándoles por vía venérea el germen de sus pólipos, si es que los pólipos se contagian. Las poetisas hicieron algún arrumaco a Luis Palmero, pero él se limitó a aceptarles la ofrenda del vino, y luego rehuyó su acoso con un manotazo, como si estuviera espantando moscones. El humo del tabaco iba adquiriendo una densidad de incienso en la atmósfera del Café Arezzo, desdibujando los contornos de las cosas.

—Oye, chaval, vamos a tomarnos tú y yo una botella, que tenemos mucho que hablar.

Luis Palmero dejó la guitarra en un rincón y se acercó a mí frotándose las perneras del pantalón. Miré fugazmente la guitarra, condenada en su soledad de cosa inerte, silenciosa después de tanta locuacidad, como una mujer después del orgasmo. Luis Palmero pidió al camarero una botella de vino tinto y dos vasos; tenía el rostro falsamente risueño, de una cordialidad que resultaba casi obscena, y sus ojos, indemnes todavía al paso de los años, se habían iluminado con un brillo adolescente, como de versificador que compone su primer soneto. Hablaba con una virilidad afónica mientras llenaba los vasos con un vino que parecía un coágulo de sangre.

—Mira, chaval: antes, cuando hice la crítica de tus versos, a lo mejor exageré un poco —se disculpó.

—No tiene importancia, Luis. Ya sé que lo haces por mi bien.

Una luz añeja se iba condensando en el techo, en amalgama con el humo del tabaco, hasta formar una nube espesa y lacteada. Busqué, a través de aquella nube de humo y luz, el retrato de Octavio Domínguez, como quien demanda auxilio, pero fui incapaz de distinguirlo. Luis Palmero volvió a llenar los vasos: ahora parecían dos amígdalas líquidas y enormes que se acabase de extirpar, depositándolas, todavía sanguinolentas, sobre la barra.

—Yo de ti —continuó— rompería esos versos. No porque sean malos, sino como acto de purificación.

Me bebí mi vaso de un solo trago. Luis Palmero me imitó; el vino le ablandaba los pólipos y dulcificaba su voz. Como viese que su invitación a la catarsis no funcionaba, recurrió a la cultura de almanaque:

—Ya sabes lo que contestó Rimbaud en cierta ocasión, cuando alguien le preguntó por su poesía: «Qué más da todo eso. Mierda para la poesía». Un ejemplo de desprendimiento, sí señor.

El Café Arezzo se iba vaciando de clientes, a medida que la noche avanzaba. El vino me obstruía las venas con un coágulo de sangre negra; comencé a ver a Luis Palmero rodeado de una luz incandescente, como envuelto en un halo profano.

—Claro que si te da apuro romper las cuartillas, lo que puedes hacer es dárme las a mí, para que te las custodie. En realidad, deberías darme todo lo que hayas escrito hasta ahora y comenzar desde cero.

Descubrí, a pesar del vino que embotaba mis sentidos, un poso de perfidia en sus palabras, una envidia malsana, un ominoso intento de usurpar mi obra y suplantarme. El Café Arezzo se había quedado desierto; sólo Luis Palmero y yo nos manteníamos al pie de la barra, torpes como fardos o estatuas de sal.

—¿Qué te parece la idea? Tú me das los versos y yo te los guardo hasta que te hagas mayor.

Había extendido una mano viscosa, casi transparente, confusa de súplicas y limosnas, una mano que reclamaba sin atreverse todavía a despojar, una mano presta a la rapiña.

—Vamos, coño, no te lo pienses tanto.

El camarero apagó las luces del Café. Durante unos minutos, quedó flotando en el aire un vago resplandor, como si las reservas de luz condensada en el techo pudiesen mantener la ilusión de diurnidad. Comprendí, al contemplar la mano mendicante de Luis Palmero, que quería apropiarse de mis versos, hacerlos suyos y así anularme, ya desde la juventud. En la penumbra del Café, la piel de su mano parecía de liquen, una piel parásita que en cualquier momento se abalanzaría sobre mí y me contagiaría el síndrome de Rimbaud.

—De acuerdo. Aquí los tienes.

Le extendí mis cuartillas, emborronadas de tinta y versos blancos, con cuidado de no rozarle las manos. Luis Palmero se aferró a ellas con la crispación de un moribundo.

—Gracias, chaval. Oye... —hablaba con el pudor de un pecador arrepentido—. Si me tomo la licencia de coger prestado algún poema tuyo no te enfadarás, ¿verdad?

Sentí un alivio en el pecho, como si me hubiesen arrancado de un tirón el cáncer de la mediocridad, que ya iba ramificándose por mis pulmones. Luis Palmero doblaba con unción mis cuartillas (que ya no eran mías) y escuchaba con agrado el crujido del papel, que era igual que el crujido de la hojarasca y las flores resacas. El Café Arezzo, invadido de sombra, se

ahondaba en una profundidad fúnebre, como de cripta atestada de muertos. Al desprenderme de mis versos me había desprendido también de mi adolescencia, de mi síndrome rimbaudiano, de ese reflejo anticipado de mí mismo que era Luis Palmero, paradigma inverso de lo que yo deseaba llegar a ser, ladrón de palabras ajenas, pordiosero de la literatura, parásito de mis noches juveniles. El camarero había bajado la persiana metálica sin miramientos, atronando el silencio mortuorio de la ciudad.

—Haz con los versos lo que te dé la gana —dije—. Te los regalo. El arte es una tontería.

Antes de marchar, miré el retrato de Octavio Domínguez, paternal y benefactor, que me lanzó un guiño desde la otra orilla de la gloria. Luis Palmero se quedó acodado en la barra, con el gesto acuoso del muerto que ya, probablemente, no resucitará, y la garganta cancerada de sueños truncados. Tuve que agacharme, arrastrarme casi, para salir por el hueco exiguo que quedaba entre la persiana metálica y el suelo, igual que un gato huyendo del fracaso por una gatera redentora. Afuera, la noche tenía una grandeza de vértigo, casi sin estrenar. Sentí que el aire me traspasaba la carne como una navaja abierta cuyo filo apenas producía dolor.

Juan Manuel de Prada